

EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA Y LA FILOSOFIA DE LEOPOLDO ZEA

Miguel Galíndez

De los problemas sobre los que reflexiona la filosofía de Leopoldo Zea, uno muy principal es el de la identidad cultural latinoamericana.

La "búsqueda" de la identidad no es un ejercicio neurotizante o estéril; tiene que ver con el compromiso del intelectual latinoamericano, a la hora de plantear alternativas de solución históricamente viables para las urgentes necesidades que agobian a nuestros pueblos. Se trata de fijar un horizonte, o fusión de horizontes; no de una nostalgia por lo que pudimos haber sido, de haber ocurrido diferentemente la historia. La prospectiva requiere, sin embargo, de una mirada retrospectiva, de recuperar los principios fundantes del ser latinoamericano. Para Zea, los principios históricos tienen su raíz en el descubrimiento de América, comienzo de un proceso histórico particular y universal, de fusión cultural europea (ibérica)-amerindia- africana, del que va a resultar el ser latinoamericano. Se recupera, para el proyecto de futuro, todo lo que de actual y vital puede tener un pasado que es "nuestro" pasado. Superar también el euro centrismo, del que fueron agonistas o receptores pasivos las élites ilustradas del siglo XIX y de parte del XX. Historia y cultura latinoamericanas son expresión auténtica de la historia universal. Discusión que se abrió con el Descubrimiento. El «mundo" americano quedó encubierto por el perspectivismo y circunstancialismo de los conquistadores. Para Ginés de Sepúlveda los indios eran homúnculos, sub-hombres, con una disminuida capacidad racional, condenados aristotélicamente a la servidumbre. Por el contrario, el padre de Las Casas les concedía racionalidad plena y, en su Apologética historia, destaca aspectos en los que las grandes civilizaciones amerindias fueron superiores a la egipcia, la griega o la romana. Con igual admiración se expresaron los Acosta, Sahagún, Torquemada, Gómara, Mendieta e inclusive cronistas de la conquista como Cortés y Bernal Díaz.

El hecho singular que nos hace ser lo que somos a los latinoamericanos y nos constituye diferentes de los asiáticos o de los africanos, es el mestizaje racial y cultural provocado por los españoles. Los peninsulares lo habían practicado ya con judíos y moros. En el nuevo mundo, da origen a la pregunta por la identidad, en el mestizo -en un Simón Bolívar, por ejemplo- que se interroga si él es indio o español, pugna racial o cultural del nuevo hombre.

La imitación o el intento de imitación de modelos ajenos ha producido la enajenación del ser, al escamotear la única real posible identidad que es la asunción de la condición mestiza. Sostiene Zea que no es posible ni se trata de "renunciar a lo que se es para poder ser otra cosa, ya que se puede acrecentar el propio ser, ser lo otro (modernidad, progreso) sin dejar de ser uno mismo; ser otra cosa sin sentir vergüenza de lo que se es o ha sido; de lo que se ha sido y es como posibilidad de lo que se puede llegar a ser"¹. La cultura heredada y el extraordinario mestizaje configuran nuestra identidad abierta y múltiple; cultura universal de matriz latina y romana. Nuestra identidad no es algo que esté aún por hacerse, ya somos eso que históricamente hemos realizado, frente a quienes nos niegan identidad para poder mejor dominar e imponer su particular cultura. Resulta vano empeño renegar del pasado, pero tampoco el futuro ha de concebirse como extrapolación del pasado. Sin miedo a lo que somos y hemos sido, asumiéndolo, estaremos en condiciones de encontrarnos con otras culturas y pueblos.

Eguiara y Eguren, Alberdi, Vasconcelos, Mayz Vallenilla, la intelectualidad latinoamericana desde el siglo XVIII, se ha formulado la pregunta por la especificidad de nuestra cultura y por la

manera como se inscribe en lo universal. La filosofía americana de Alberdi, que reflexionando sobre lo concreto alcanza lo universal, parte de la realidad propia e ineludible para dar solución a los problemas del espíritu humano. En Vasconcelos, la latinidad constituye la fuerza universalizante en su metáfora de la Raza cósmica. O la Expectativa, existenciario por el que Mayz Vallenilla pretende inscribirnos en el fenómeno cultural humano sin más. En los tres casos, el relativismo, la historia y culturas propias como vía de acceso a un futuro y a una dimensión universal. Cualidad universalizadora que no niega la diversidad de las expresiones al interior de nuestra América. A pesar de las divergencias, "habrá que partir de este ineludible hecho...De la existencia de una América Latina afrontando semejante situación, que afecta a sus diversas regiones, y con ello, la obligada necesidad de resolverlos en común".² Una conciencia americana rumia insomne, sobre el telón de fondo de la utopía bolivariana de la unidad de nuestros pueblos y destino. O no seremos. La aspiración de Bolívar ha acicateado la obra de Bello, Bilbao, Martí, Vasconcelos, Zumeta, etc. Es la lucha por alcanzar la libertad, la democracia y la justicia social. Nuestra América, la Latina,-por oposición a la Sajona, es contraria a todo imperialismo, a toda forma de autoritarismo y de dominación.

La peculiar identidad que resulta del mestizaje, de las diferentes oleadas, con variantes según los países y que continúa hasta el presente, es identidad en conflicto entre sus componentes en su accionar recíproco y en la relación que guardan con sus orígenes. Así por ejemplo, la propuesta de la negritud en el Caribe insular de nuestro tiempo como:

¹ Descubrimiento e identidad latinoamericana. México, UNAM- CCYDEL 1990, p. 20.

² L. Zea, ob. cit., p. 123. búsqueda de sus orígenes africanos y comunidad cultural afro caribeña, desde el poeta Aimé Cesaire hasta el rastafari Bob Marley, pasando por lo político y lo religioso.

Zea examina las relaciones entre España y América, historia hispanoamericana, en vista de la integración latinoamericana y de su participación, que es ya realidad plena, en la elaboración de la cultura universal.³ La voluntad de ruptura con España, consumada en el primer tercio del siglo XIX, y el deseo expresado en los lemas ¡Seamos como la Inglaterra de la revolución industrial! y ¡Seamos como la Francia de los derechos del hombre!, van a ser objeto de reconsideración por parte de la inteligencia americana, a partir de las agresiones de Estados Unidos a México en 1847 y a Centroamérica en 1855, la de Francia a México en 1862, las de Inglaterra a -lo largo de América del Sur. Se empieza a acuñar el término latino, para una expresión nueva de identidad e integración. Lo utilizan notoriamente, entre otros, el chileno Francisco Bilbao, el colombiano José María Torres Caicedo y, al finalizar el siglo, José Martí y José Enrique Rodó. América Latina contrapuesta a América sajona. Esta actitud alcanza su culminación, al declararle Estados Unidos la guerra a España en 1898. Alfonso Reyes y José Vasconcelos son voceros de una generación testigo que acusa esta guerra como una de agresión a la latinidad, España y a Latinoamérica . Se reconcilia América Latina con la herencia, ibera, sangre y cultura que forman parte irrenunciable de su identidad; relación que se consolida y amplía a partir de 1936, con la presencia en América Latina de la España Peregrina. Nuestro tiempo plantea nuevos problemas de identidad en la región: la renovada cuestión de la modernidad; la solidaridad entre las múltiples expresiones de identidad de hombres y pueblos que componen nuestra América; las relaciones con las comunidades de afuera: la anglosajona en América, la europea. y la de la cuenca del Pacífico. Está vigente la necesidad de afirmar la identidad de Latinoamérica. Concluye Zea su ponencia sobre "problemas de identidad e integración... ", afirmando : "Sigue siendo ésta la preocupación de la América que se designa Latina, haciendo de esa latinidad expresión de esa su capacidad para asimilar etnias y culturas en

una Raza de razas, Cultura de culturas y acaso una Nación de naciones, como lo soñaban nuestros mayores".

Quizás no considera Zea suficientemente la "solución" político-administrativa que las élites dirigentes de nuestra región adoptaron en los siglos XIX y XX, a imitación de Europa: la organización e implantación de las naciones - Estados que, aún hoy, no han respondido a las culturas subyacentes, fuente de un nacionalismo que hemos pagado a un altísimo costo. Querer prescindir de esas culturas es pretender que podemos ignorar nuestro propio ser, en aras de un orden administrativo que al desconocer la propia identidad, se vuelve artificioso y antihistórico. A título ilustrativo por lo actual, pudiera mencionarse lo que acontece presentemente en la que fue Yugoslavia y otros estados socialistas: ignoraron formas culturales que persistían por debajo de la estructura política, produciendo la revancha explosiva en curso.

3" **Problemas de identidad en integración en Latinoamérica**", Simposio "ibero-América 500 años después. Identidad e integración", en Cuadernos americanos_ n° 29, sept-oct 1991 UNAM-México pp. 48-57.

Los ejemplos latinoamericanos son todos los que conocemos, de cuya historia fragmentada y distorsionada nos informa a diario los medios de comunicación.

El preguntar propio de ésta región es tan auténticamente filosófico como el de cualquier otro momento de la historia del pensamiento universal: el griego de la crisis de la polis en Platón o de la expansión de Alejandro Magno en Aristóteles; o la modernidad en Descartes o en Kant o en Hegel; o los problemas planteados en la Salamanca del siglo XVI. La universalidad se alcanza" comprendiéndose como hombre para poder así comprender a otro hombre. Lo que se es, y lo que el otro es en concreto".4. El latinoamericano sencillamente es hombre que experimenta problemas humanos, a la par de los demás hombres de otras culturas, pero desde su circunstancia; hombre concreto con su capacidad de razonar o filosofar sobre problemas de hombre. Con sus limitaciones, claro está. La filosofía es universal, "americana" por añadidura, como ya había asentado desde 1948.5. Insistirá Zea en el carácter universal y la autenticidad que la tarea filosófica adquiere en nuestra América en el siglo XX. 6. Más aún, siguiendo a Reyes, consigue que se da un provincianismo de espíritu en el europeo medio y que, por el contrario, el universalismo resulta ser mejor expresado en América. Venciendo el falso nacionalismo o localismo, hemos de mirar lo propio no como "mala copia" sino como la seguridad de lo creado y, partiendo de allí, hacer de la universalidad una aspiración de nuestra cultura. En consideración a esta tarea, es necesidad urgente tomar conciencia de nuestro pasado, comprendernos para que sea un hecho nuestra historia, herencia europea y demás, pero en la concretitud de la evolución histórica de nuestro pueblos, para luego establecer con otros relaciones.

La autenticidad de la filosofía americana pasa por el examen histórico, la toma de conciencia lo es de la historicidad; a partir del reconocimiento de la historicidad del pensamiento latinoamericano, se subraya la importancia de la historia de las ideas, será posible una labor creadora, plena y consciente.

Para Zea ocurre una fractura histórica, concretamente la segunda posguerra, europea, ... a partir de la cual América - "simbólica expresión de un grupo de hombres"- tiene que resolver sus problemas desde sí y sus circunstancias, desaparece la imitación como recurso de solución, desde el momento en que tanto como el americano como el europeo se requieren nuevas formas de vida ante problemas inéditos del mundo contemporáneo, que la cultura europea tradicional no abriga. Siguiendo a Francisco Romero, se acepta la idea de que 4 "La filosofía latinoamericana. Especificidad y universalidad", Cuadernos americanos n° 30, UNAM-México, nov.-dic.1991, p133".

América Latina ha llegado a la etapa de la normalidad filosófica; el filósofo deja de ser un extraño a su sociedad y se convierte en un miembro activo de la cultura de un país. No se trata de hacer filosofía para demostrar que podemos hacerla, sino de tener necesidad, como en efecto tenemos, de hacerla. "Ya no se trata de demostrar que somos capaces de hacer una filosofía, sino de demostrar que somos capaces de resolver nuestros problemas". Las soluciones y las verdades filosóficas son parciales y circunstanciales porque responden a dificultades históricamente determinadas. Puede existir una filosofía americana en la medida en que existe históricamente un hombre americano. Las verdades, sin embargo, se viven como absolutas, no como convenciones relativas a una circunstancia, sino como válidas para todo lugar y tiempo. "La verdad de cada hombre o generación es absoluta,, lo que no es igualmente absoluto es el lugar en que cada hombre o generación ocupa en la realidad". La verdad tiene que ver con la circunstancia, cada vez más amplia, en que participan los hombres: personal, grupal, societaria, humana. "Todos los hombres para ser hombres participan de una circunstancia que le es propia: humanidad": La filosofía toma a cargo los problemas de la circunstancia llamada humanidad: el hombre es el valor universal a realizar. Igualmente, los problemas que debe resolver la filosofía latinoamericana son los inherentes a la humanidad; aportación a la cultura universal, desde nuestros límites y circunstancia.

En su libro *El pensamiento latinoamericano*, examina Zea la conciencia de la situación de dependencia. 7. Revisa la cuestión del indigenismo en pensadores tales como Antonio Caso, José Martí, Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y en procesos políticos como el, del APRA (Alianza popular revolucionaria americana) en Perú y el de la Revolución mexicana, iniciada en 1910. Asimismo lo ocupan los planteamientos del poeta Aimé Cesaire y del filósofo Frantz Fanon, en sintonía con africanos como el senegalés Leopoldo Sedar Senghor, a partir de la elaboración de lo que interesa en ambos casos, de indigenismo y de negritud, es el reconocimiento del hombre, reconocer al latinoamericano como el hombre sin más, contra los dominadores que le han regateado humanidad. Hombres y culturas concretos, como los que preocupan a Samuel Ramos (*El perfil del hombre y de la cultura en México*), formando parte o siendo expresión del hombre, son hombres... entre los hombres, con los impedimentos y posibilidades comunes a todos los hombres.

La tentativa de emancipación cultural adelantada a mediados del siglo XIX, una vez concluida la guerra de independencia, por pensadores como Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Bello, Montalvo, Mora y otros, y que pretendía dejar atrás, borrar inclusive, la herencia cultural del primer mestizaje americano; fue revisada en sus supuestos por otros pensadores, por Martí, Rodó, Vasconcelos, al finalizar ese siglo e iniciarse el XX, cuando surge un nuevo imperialismo que se proclama 7 Ob. cit., Barcelona, Ariel,1976, pp. 451-540.-concepto de "negritud".

El heredero de la cultura occidental, y de los latinoamericanos hace sus primeras,. víctimas. A mediados del siglo XX, en el contexto de la segunda posguerra europea, -redistribución imperialista del mapa mundial y crisis filosófica del Centro, se plantea de nuevo la pregunta por la identidad, la posibilidad o existencia de una cultura originalmente latinoamericana. En Asia, Africa, Medio Oriente y Oceanía, otros hombres se hacían para entonces preguntas similares a las de los latinoamericanos.

Cultura de acumulaciones o superposiciones: pasado indígena, conquista, colonia ibérica, liberalismo negador de lo indígena y de lo ibero; da origen a una formación nacional traumática que se mueve largamente entre dilemas: guerra civil o despotismo, anarquía o dictadura. A la

hora de afirmar una cultura original se ha de rescatar cuanto de propio y valioso nos transmite el pasado, sin infedorizarnos frente a otros procesos culturales (los de Europa y Estados Unidos) que fungieron de modelos para las élites decimonónicas.

Recorre Zea el proceso histórico del pensamiento argentino a partir del dilema sarmentiano, civilización o barbarie, guiado fundamentalmente por los análisis de Ezequiel Martínez Estrada. Para los desterrados de ayer (los indígenas y los mestizos) y para los desterrados de hoy (los hijos de europeos) se impone casarse con la nueva tierra para que nazca el espíritu.

El caso caribeño (¿Caribe y América del Sur?), en cambio, es visto desde la metáfora shakesperiana de Ariel y Calibán, y sus diversas interpretaciones: de José Enrique Rodó, de José Martí, de Aimé Césaire. La filosofía puede ser Próspero civilizador, cultura del opresor, o verbo liberador en boca de Calibán el indígena oprimido.⁸

Se encamina el análisis a examinar la filosofía como dominación o como liberación. Se apoya Zea en el pensamiento de Augusto Salazar Bondy, quien propone una filosofía que no resulte expresión de centro alguno de poder; pero, para que aflore una filosofía nuestra, se requiere previamente de un cambio económico y social, la cancelación del subdesarrollo. Queda no obstante, la sensación de que Europa sigue siendo el arquetipo del filosofar. Filosofía no es necesariamente un determinado sistema; lo sistemático, si se da, es una expresión formal de una filosofía. Lo filosófico es la actitud, el problema más que la solución, las "aporías" que dan origen al pensamiento. De las filosofías europeas hemos de retener no las soluciones ya confeccionadas para problemas que nos son extraños, sino el espíritu que hace posible plantearse y resolver nuestros problemas. La pregunta por la posibilidad o efectiva existencia de una filosofía latinoamericana es ya filosofía. Es actitud que rompe con los supuestos de la dominación, filosofía de liberación o de experiencia del hombre, de humanidad. Filosofía que presta un servicio fundamental a la humanidad que habita la tierra latinoamericana; filosofía circunstancial y crítica, en buena parte destructiva de la condición deprimida de nuestros pueblos. Se trata, en el fondo, de reconstruir la filosofía. Parecida actitud defiende Enrique Dussel, cuando propone como primer paso para construir una filosofía latinoamericana auténtica, la destrucción hegeliana, esto es la simulación, de la filosofía europea. Dussel, al igual que Salazar Bondy, niega el pasado filosófico latinoamericano tachándolo de inauténtico. Esta actitud hace posible afirmar una filosofía latinoamericana existente ya, haciéndose, y no sólo como una meta por alcanzar, que era la posición de Salazar Bondy. El pasado filosófico europeo como simulación de una realidad extraña, aún cuando fue expresado por hombres de esta América debe ser destruido, asimilado, criticado dialécticamente. La filosofía latinoamericana es un nuevo momento de la historia de la filosofía sin más. Dussel y Salazar Bondy coinciden en negarle al pasado latinoamericano la posesión del logos que apenas a partir de ahora, o en un futuro próximo, puede alcanzarse. En contrapartida, Zea piensa que una filosofía que se plantee, como de hecho se lo ha planteado la latinoamericana, el problema de la alienación y de la yuxtaposición que la origina, es filosofía en sentido estricto; y no sólo aquella que conoce todo el proceso de la filosofía occidental o la que se producirá en la futura sociedad desalineada. A la asimilación del pasado filosófico europeo, que propone Dussel, habría que agregar la asimilación del pasado filosófico latinoamericano, como propone Roig. La tarea liberadora que resulta no es, en apreciación de Miró Quesada, de algún particular -individuo, grupo o pueblo sino de todos los hombres en Europa y en América. Al descubrir la inautenticidad de Occidente, los latinoamericanos se descubrieron a sí mismos como hombres. El sentido último de la obra del hombre es el hombre mismo liberado. Plantea Miró Quesada que la liberación humana, como fuente de sentido y meta de la historia, empalma con "ser occidental" y abre el proceso de

reconocimiento y reconciliación entre Occidente y América Latina. Frantz Fanon ha escrito que el Tercer Mundo ha de reconocer la grandeza de la cultura occidental, sueños y tesis, sabiendo sin rencor su insuficiencia y los crímenes que niegan su prédica sobre el hombre. El Tercer Mundo ha de crear el hombre nuevo y una filosofía para la solidaridad y la libertad, no para la dependencia y la dominación. (Bogotá: Noviembre de 1.992).

8 A propósito de la interpretación de Rodó, Zea presenta el pensamiento de José Martí que supo del colonialismo español y previó el neocolonialismo de Estados Unidos: Filosofía de la historia americana. México, FCE,1978, cap. IX- "El proyecto asuntivo", pp. 269-294.